

TEXTOS

ORACION FUNEBRE DE PERICLES

(Tucídides, II, 35 - 46)

Tucídides escribió su "Historia de la Guerra del Peloponeso" pensando, entre otros fines o motivos, ser útil a cuantos quisieren penetrar las leyes fundamentales del acontecer humano. El fija su atención en Pericles, cuyas ideas políticas están debidamente subrayadas en los discursos que le atribuye, con escrupulosidad característica (cf. I, 22). Pericles, cuya "época" gloriosa había ya pasado, es para Tucídides el político inteligente, previsor, moderado, lleno de autoridad y prestigio, insobornable, amante de su ciudad, con cierta habilidad pedagógica y con la necesaria psicología para dominar a la muchedumbre, haciéndola creer que es ella la que manda.

Con ocasión de dar sepultura a los muertos en el primer año de guerra, Pericles fué elegido, según era costumbre, por su talento y su prestigio, para pronunciar la oración fúnebre que sigue.

35.—La mayor parte de los que hasta ahora han hablado aquí suelen dedicar elogios al que añadió a la costumbre tradicional este discurso, considerando que era conveniente pronunciarlo en honor de los muertos de guerra que reciben sepultura. A mí, en cambio, cuando se trata de hombres que han mostrado su valor con hechos, me parece que sería suficiente reconocer su mérito también con hechos —tal como estáis viendo ahora en estas honras fúnebres celebradas públicamente— en vez de exponerse a que el crédito que merecen la virtud y el valor de muchos hombres quede a merced de uno solo que puede hablar más o menos bien, ya que es difícil encontrar la medida exacta de lo que hay que decir cuando hasta las apariencias de verdad apenas quedan aseguradas. Porque el que escucha con buena voluntad y con conocimiento de causa puede acaso pensar que la exposición de méritos es deficiente en comparación

con lo que él desea y sabe, y el que los ignora puede pensar, movido por la envidia, que se exagera un tanto, si oye decir algo que exceda de sus propias facultades. Los elogios que se hacen de otros se soportan, en efecto, en tanto en cuanto cada uno se sabe también capaz de hacer algo de lo que ha oído, y no se cree, por envidia, lo que es superior a las propias fuerzas. Mas ya que los antiguos juzgaron oportuno este discurso, es necesario que también yo, siguiendo esta norma, trate de acercarme lo más posible al deseo y a las esperanzas de cada uno de vosotros.

36.—Hablaré primero de nuestros antepasados, pues es justo y hermoso al mismo tiempo dedicarles, en semejante ocasión, este tributo del recuerdo. Ellos, en efecto, habitando siempre este país, de generación en generación, nos lo han transmitido libre gracias a su especial virtud. Y si éstos son dignos de elogio, mu-

cho más lo son nuestros padres, ya que, además de lo que habían recibido por herencia, consiguieron cuanto imperio tenemos en la actualidad, y no sin trabajos y esfuerzos nos lo han dejado incrementado. Y gran parte de este poder lo hemos acrecentado nosotros mismos, los que estamos ahora en edad madura, y hemos provisto a la ciudad de todo lo que precisa para bastarse por completo a sí misma en orden a la guerra y en orden a la paz. Omitiré cuanto se refiere a las empresas guerreras, con las que se ha conseguido todo, porque no quiero hacerme largo ante quienes saben bien con cuánto valor hemos rechazado nosotros y nuestros padres a los bárbaros y a cualquier griego que se nos viniese encima en son de guerra. Pero sí quiero poner de manifiesto, en primer lugar, el modo de pensar mediante el cual hemos llegado a esta situación, y el sistema de gobierno y las costumbres con las que se ha engrandecido nuestro poder, y pasaré después a hacer el elogio de estos muertos; porque considero que en ocasión como la presente no será inoportuna la exposición de estos hechos, y es útil que toda esta concurrencia de ciudadanos y extranjeros lo escuche.

37.—Tenemos un sistema de gobierno que no tiene nada que envidiar a las leyes de los circunvecinos, y más que imitadores servimos de modelo a otros pueblos. Este sistema tiene por nombre democracia, porque la dirección del Estado no está en manos de unos pocos, sino de la mayoría. De acuerdo con las leyes, todos están en igualdad de derechos por lo que a sus diferencias privadas se refiere, y cada uno es preferido en la comunidad según su prestigio, sin que se tenga más en cuenta su clase social que sus méritos personales; ni la pobreza es un obstáculo para que quien pueda beneficiar en algo la ciudad se vea impedido por la oscuridad de su linaje. Somos liberales no sólo en nuestra vida pública, sino también en lo que se refle-

ra a la mutua observación de la vida cotidiana; no nos enojamos contra el vecino si obra según su gusto, ni lo reprochamos con semblantes hoscos, que aunque no son un castigo si son penosos de ver. Tratamos los asuntos particulares sin molestar, y en los públicos no transgredimos las leyes, movidos sobre todo por un respetuoso temor, obediéndolo a los que están en el poder y sometiéndonos a las leyes, especialmente las que redundan en provecho de los que padecen injusticia y las que, sin estar escritas, suponen para el transgresor una vergüenza unánimemente reconocida.

38.—Además procuramos a nuestro espíritu frecuentes distracciones de sus preocupaciones por medio de certámenes y sacrificios a lo largo de todo el año, y con cosas particulares bien acondicionadas, cosas éstas cuyo diario disfrute aleja la tristeza. Como la ciudad es grande, entran en ella productos de toda la tierra, y acontece que nos aprovechamos de los bienes de los otros pueblos con no menor utilidad que de los propios nuestros.

39.—En cuanto a las cosas de la guerra diferimos de nuestros contrarios en esto: La ciudad está abierta a todos y nunca impedimos a nadie, valiéndonos del destierro, que aprenda de ella o que la visite, salvo en aquello que, de no ocultarse, pudiera ser útil si lo viese algún enemigo, pues confiamos no tanto en los preparativos y engaños como en nuestra buena disposición de ánimo para la acción. En cuanto a la educación, algunos con trabajoso ejercicio van, ya desde su niñez, en busca del valor; nosotros, en cambio, aun viviendo con cierta relajación, no por eso vamos menos al encuentro de los peligros que nos sean adecuados. He aquí una prueba: los laccedemonios no invaden solos nuestra tierra, sino con todos sus aliados, y en cambio nosotros, al entrar en la tierra de los vecinos, la mayoría de las veces los vencemos sin dificultad, a pesar de que luchamos en tierra extraña y contra quienes defienden lo suyo.

Hasta ahora ningún enemigo ha trabado combate con todas nuestras fuerzas reunidas, gracias a nuestra preocupación por la marina y a que, con múltiples misiones, estamos muy repartidos por el territorio. Pero si en algún sitio traban combate con alguna parte de los nuestros, se glorían de que nos han rechazado a todos (a pesar de no ser más que algunos) y si son vencidos, dicen que han sido derrotados por todo nuestro ejército. Y si con serenidad de espíritu más que con penosos ejercicios, y con un valor que procede más bien de nuestra manera de ser que de las leyes, queremos exponerlos al peligro, entonces tenemos a nuestro favor que no nos cansamos anticipadamente por las penas que hayan de venir, y cuando vamos a su encuentro, no nos mostramos menos osados que los que andan siempre ajenos: que en esto y aun en otras cosas es nuestra ciudad digna de admiración.

40.—Amamos la belleza con moderación y la sabiduría sin relajación. Nos servimos de la riqueza más como de un medio de acción que como de un motivo de jactancia, y para nadie es vergonzoso confesar su pobreza, sino más bien el no ser capaz de evitarla con obras. Unimos al mismo tiempo una preocupación por lo privado y lo público, y ninguno en las diversas profesiones tiene de lo político un juicio deficiente, pues somos los únicos que, al que se desentiende de ello, lo consideramos no como apolítico, sino como inútil, y, o juzgamos nosotros por nuestra propia cuenta o examinamos con la debida atención los asuntos de estado pensando que las palabras no son un perjuicio para obrar, sino más bien el no haberse informado antes de ponerse a hacer lo que es necesario. De manera especial tenemos esta virtud, a saber: ser en extremo audaces y meditar sobre lo que vamos a emprender, mientras que a los demás la ignorancia les dá osadía y la reflexión, lentitud; pues con toda justicia pueden ser considerados de

mayor fortaleza de alma quienes, conociendo perfectamente lo malo y lo bueno, por eso mismo no se arredran ante los peligros. Y en lo que a generosidad se refiere, somos todo lo contrario de la mayoría; ya que no ganamos amigos recibiendo beneficios, sino haciéndolos; pues el que ha hecho el favor está más seguro, como que tiene comprometido por la amistad a aquel a quien se lo hizo, y en cambio el que recibe el favor está en peor situación, pues sabe que ha de devolverlo, no como un beneficio, sino como una deuda. Y somos los únicos que sin dificultad hacemos bien a cualquier otro, no tanto por cálculo de la utilidad como por la confianza propia de la libertad.

41.—En resumen, afirmo que la ciudad entera es escuela de Grecia y que me parece que cualquiera de nosotros puede lograr una personalidad independiente en muchos aspectos, llena de simpatía y flexibilidad. Y el poder mismo que vemos conseguido con esta manera de ser, demuestra que esto no es una jactancia ocasional, sino la verdad de los hechos, pues es la nuestra la única de las ciudades actuales que va a la prueba con un poder superior a la fama que tiene, y es la única que ni produce irritación en el enemigo que la ataca, dada la calidad del pueblo que le causa daño, ni suscita en sus súbditos el menor reproche de que no son gobernados por un pueblo que lo merezca. Hemos dado muchas pruebas de nuestro poder y no carecemos, sin duda, de testigos: por eso seremos admirados por los hombres actuales y por los venideros, y no necesitamos en absoluto de los elogios de un Homero ni de cualquier otro que con bellas palabras se luzca de momento, pero cuya ficción de los hechos pueda ser desvelada por la verdad, sino que ya es bastante que hayamos conseguido a la fuerza que todos los mares y tierras estén abiertos a nuestra audacia y que hayamos fundado por doquier testimonios inmortales de nuestros éxitos y fracasos. Peleando por una ciudad así murieron éstos,

porque con foda nobleza consideraron justo no verse privados de ella, y es natural que por ella queramos, los que quedamos, sufrir penalidades.

42.—Por eso he hablado largamente de lo que a la ciudad se refiere, tratando de mostraros que en esta lucha no nos jugamos lo mismo nosotros y los que no tienen en igual grado ninguna de estas ventajas y para daros a conocer, al mismo tiempo, con testimonios evidentes la verdad del elogio de aquellos en cuyo honor estoy ahora hablando. La parte más importante de este elogio queda ya dicha, pues los actos de virtud de esos hombres y de los que les son semejantes son los que han adornado la ciudad con las singulares cualidades con que la he celebrado, y no hay muchos griegos cuya fama pueda mostrarse, tan claramente como en éstos, proporcionada a los hechos. Y me parece que el fin que estos acababan de tener pone de manifiesto su virtud varonil, ya sea que en algunos se revelase por primera vez, ya sea que en otros fuese la última confirmación de su valor. Es justo, en efecto, que aun cuando en otras cosas hubieren dejado algo que desear, se anteponga su coraje en defensa de la patria, pues, borrando con el bien el mal pasado, han sido más útiles a la comunidad que lo que con sus acciones privadas la habían perjudicado. Y ninguno de éstos se mostró remiso por estimar más el disfrute de su riqueza, ni dió largas al peligro por la esperanza propia de la pobreza, pensando que podría enriquecerse todavía si se libraba, sino que considerando que el castigo del enemigo era más deseable que estas cosas y juzgando, a la vez, que éste era el más hermoso de los peligros, decidieron, lanzándose a él, castigar al enemigo y privarse de los bienes, confiando a la esperanza la incertidumbre de su victoria, pero, de hecho, con plena confianza en sí mismos en cuanto a la lucha que ya tenían ante sus ojos. Y porque en medio del peligro consideraron que era mucho más noble rechazar al enemigo y su-

frir la muerte que salvar la vida entregándose, se libraron de una fama vergonzosa, resistieron el trance a costa de su vida y en un breve instante de su destino, en el punto culminante de su gloria más que de su miedo, cayeron.

43.—Estos fueron tal como convenía a la ciudad; y es necesario que los supervivientes deseéis tener una disposición de ánimo con mayores garantías de éxito, ciertamente, pero no menos audaz para con los enemigos, no viendo sólo a través de un discurso la utilidad que reporta (y que —aunque la conozcáis igualmente bien— podría exponerse largamente enumerando las ventajas que hay en defenderse de los enemigos), sino más bien parando la atención en el poder de la ciudad, poder que a diario se muestra con hechos, y tratando de amarlos, y pensando, cuando os parezca que es grande, que lo consiguieron hombres audaces que conocían su deber y que, a la hora de cumplirlo, se dejaban guiar por un alto sentido del honor, y cuando fracasaban en alguna empresa, no pensaban en privar a la ciudad de su valor, sino que le entregaban gustosos el más bello tributo, pues al entregar su vida por el bien común lograban para sí mismos una alabanza imperecedera y la más gloriosa tumba, no tanto por el lugar en que reposan cuanto por la perpetua gloria que de ellos queda en cualquier ocasión que dé motivo para una palabra de elogio o para un acto de emulación. Y es que la tierra entera es sepulcro de hombres ilustres, y no es sólo la inscripción de las columnas funerarias la que lo indica, sino que aun en tierra extraña vive en cada hombre un recuerdo no escrito, hincado en el corazón más que grabado en piedras. Imítad ahora a estos hombres, y entendiendo que la libertad es lo que constituye la felicidad, y el coraje es lo que trae la libertad, no os acongojéis por los peligros de la guerra: que no son los desgraciados que no pueden esperar nada bueno quienes con más razón

pueden entregar su vida, sino aquellos que, mientras viven, están expuestos a los cambios más radicalmente opuestos y que sentirían más la diferencia si sufriesen algún fracaso. Porque para un hombre que se estima en algo, es más doloroso el daño sufrido por cobardía que la muerte que, sin dejarse sentir, viene en pleno vigor físico, pero con la esperanza de la victoria patria.

44.—Precisamente por eso no os compadezco ahora, padres de los muertos que estáis aquí presentes: más bien trataré de consolaros. Porque criados entre adversidades de todo género sabéis que la felicidad es de quienes, como ahora éstos, alcanzan la más hermosa muerte, o de quienes, como vosotros, sufran la más gloriosa de las tristezas, o de aquellos a quienes la vida ha otorgado una existencia feliz que termina sólo con la muerte. Bien sé que es difícil convenceros y que frecuentemente tendréis motivo para recordarlos en la felicidad ajena de la que también vosotros en otro tiempo os enorgullecáis. Y es que la tristeza no proviene de los bienes de que uno carece sin haberlos probado, sino de lo que a uno le arrebatan cuando estaba acostumbrado a ello. Pero es preciso mostrarse fuerte hasta con la esperanza de otros hijos (los que aun tengáis edad para engendrarlos), pues los que nazcan servirán para que particularmente se mitigue el recuerdo de los que ya no existen, y serán útiles a la ciudad por dos motivos: porque no se verá despoblada y por la seguridad que de ello resulte, ya que no es posible que decidan con cierta equidad y justicia quienes no corren riesgo alguno, porque no exponen sus hijos como los demás. Y los que ya habéis perdido el vigor de

la juventud, considerad como una ganancia el haber sido felices la mayor parte de vuestra vida, que la vida que os queda ha de ser breve, y consolaos con la gloria de vuestros hijos. Porque el deseo de honores es lo único que no envejece, y en la parte más inútil de la vida no satisface, como algunos dicen, el lucrarse, sino el recibir honores.

45.—Para vosotros, hijos y hermanos de estos héroes que estáis aquí presentes, preveo una dura lucha. Todos suelen alabar al que ya no existe, y, aun con un exceso de valor, apenas podríais ser considerados no algo ya iguales, sino algo inferiores. Porque la envidia de los enemigos alcanza a los que viven, y en cambio se honra con una benevolencia exenta de rivalidad lo que no estorba. Y por si hay que acordarse también de la virtud de cuántas mujeres quedarán desde ahora viudas, con un breve consejo lo diré todo: vuestra mayor gloria está en no desmerecer de vuestra naturaleza y en que, ya sea para bien o para mal, se os mencione lo menos posible entre los hombres.

46.—He dicho yo también en el discurso, según la ley, lo que creía más a propósito; los que enterramos han recibido ya de hecho los honores; por lo que se refiere a sus hijos, la ciudad los criará a expensas públicas desde ahora hasta su juventud, ofreciendo con ello una corona útil a los muertos y a los supervivientes de tales luchas: porque donde se ofrecen los más grandes premios al valor y a la virtud, allí están también los mejores ciudadanos. Y ahora, una vez que cada cual haya hecho los debidos lamentos por sus propios muertos, retraos.

(Traducción por J. L. D.)